



Reportajes 1015 LCAmas
26-VI-1994 P. 13 supl. P.C.F. 5477
000 212 510

ROMANCE CON LA MUERTE

Encuentros Nocturnos

La noche es la voluptuosidad de la muerte. Yo deseo la muerte. No es que desprecie la vejez en sí misma, sino sus circunstancias", dice Matilde Ladrón de Guevara, escritora.

Hace un par de años escribí una folletinesca historia por entregas titulada "Pacto Sublime", sobre el platónico romance entre la anciana escritora Matilde Ladrón de Guevara y el reo rematado y homosexual declarado Gabriel Ligaja. La historia, relatada en términos muy fríos y directos, a la vez que sórdidos y hasta crueles por su realismo, me impidió en esa ocasión manifestarle a Matilde el cariño que me nació hacia ella. A nadie pude nunca decirle que se trataba de una de las mujeres más extraordinarias que he tenido la suerte de conocer, porque cuando insinuaba ese comentario los ojos de mis amigos brillaban y yo mismo, lo confieso, terminaba echando el asunto a la broma.

Esta noche estoy a las puertas de su casa, no para decirle que la quiero, sino para hablar de la noche. Pero guardo la esperanza de pagar esa vieja deuda. Con mi presencia, mis silencios. Mi curiosidad enfermiza.

Le hago notar que tengo hambre y sed y a los pocos minutos aparece desde la cocina con un plato de choricillos, paté de mariscos, papas fritas y un paquetón de cervezas heladas.

—Espero que te guste —me dice, haciéndome saber con su voz, con sus gestos, con su pelo rojizo y sus vestidos fúls, con su sonrisa, que su alma está contenta, que mi visita la sacó de su horrible soledad octogenaria. Que esta noche se siente más joven que ayer y que antayer.

Hago crac-crac con la boca y bebo con grosería, mientras de sus labios van saliendo historias repetidas. Anoto en un papel: "Obsesiva. Dura. Calculadora. Depresiva. Honesta. Frágil".

Cuando he vaciado el plato y he liquidado dos botellas, ella se pierde de pronto entre unos bosques de Isla de

Maipo donde por vez primera se entregó totalmente a un hombre, Marcial, el que fuera su esposo. Mira al vacío y habla de ese gran amor que comenzó con caricias, siguió con besos y terminó con dos cuerpos que rodaron por la hierba, obedeciendo brutalmente los dictados de la naturaleza, para retomar enseguida, casi con vergüenza, a través de lindas palabras, el sendero divino. Lo dice a sus 81 años, plena de melancolía por el hombre ausente, que todas las mañanas echa de menos al despertar.

Pero esa no es la historia que yo busco. Doy un corte definitivo al asunto y le hablo francamente:

—Matilde, quiero que me hable de la noche. Del ocaso de su vida. A eso he venido.

Con esa facilidad espantosa que tiene para adaptarse a un nuevo tema, me recita:

"La noche, ah, la noche. La noche se puede explicar de dos maneras. En la vida normal de un ser humano que vive la plenitud de su vida es un lapso de silencio y de sueños que esperan la aurora. En la vejez, en cambio, la noche es el acercamiento a la muerte. Es el cerrar los párpados y pensar que quizás no habrá un mañana, que tal vez no se abrirán más. Eso equivale a desprenderse de todo lo que se ambiciona en la vida.

"Para mí, la noche es entrar a una oscuridad que no conozco, que no me es familiar, que temo y que amo. La noche es la voluptuosidad de la muerte. Yo deseo la muerte. No es que desprecie la vejez en sí misma, sino sus circunstancias: las enfermedades, el sufrimiento, los seres queridos que ya no están.

"Por eso, cada mañana se me transforma en una lucha, un drama del que sólo salgo cuando las palomas vuelan y se posan en mi balcón, ansiosas de picotear una migaja; cuando los pétalos de las flores de mi jardinería se van abriendo con el rocío descubierto por el sol.

"Yo he deseado, he acariciado la idea del suicidio. Y si no he sucumbido a ese remolino que me impulsa a saltar es por mi hija Sybilla, presa en Perú, razón de ser de mi existencia. Sus minutos son mis minutos, su celda es mi celda y los golpes que recibe son mis llagas. He sacado a otros hombres de la cárcel, que tal vez no lo merecían, pero a ella no, no la he podido liberar. Y por eso estoy aquí. Y por eso le pido a Dios que me siga dando vida.

"Hasta cuándo es bueno vivir?, me preguntas; y yo te digo: *Hasta que se ama. Después se acaba todo.*

"Esa es mi noche".

La hago posar para mi cámara y me arrojo al suelo para buscar el ángulo dramático. Ella, que sigue siendo actriz (qué raro, nunca actuó en escenario alguno), me pide que espere, que no obture, que pensará en algo muy triste para que la lágrima aparezca.

(Pobre Matilde, juguete de mis ambiciones de escritor, modelo de plasticidad que voy formando a mi antojo con los dedos. Matilde, la noche también me habla. ¿Y sabes qué me dice? Que sólo me amo y me odio a mí mismo, que las personas son para mí un espejo, que sus dolores no me duelen y que sus risas no son más que caries al desnudo. Aun así, ¿he logrado cancelar en parte mi deuda, Matilde? ¿Lo he logrado, amante onírica, musa del tiempo, rayo en el jardín?)

Matilde no responde, porque para verter esa lágrima fotográfica se está dejando arrinconar por los fantasmas de sus seres queridos ya convertidos en polvo, por los aires de Norma Desmond, con quien la une un entrañable parentesco de fantasía; por los gritos de su hija Sybilla, ahogados por las lóbregas paredes del penal.

Pero la lágrima no sale. Su cara está seca. Ha llorado demasiado.

Matilde y su espejo, reflejo de 80 años de soledad.

Romance con la muerte [artículo] M. Lamordes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ladrón de Guevara, Matilde, 1910-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Romance con la muerte [artículo] M. Lamordes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile